

Donde duermen las estrellas



Carmen Posadas
Ilustrado por José Cobas



ace muchos, muchos años, tantos que ya nadie se acuerda, en los Andes vivían unos seres diminutos de ojos rasgados que se llamaban iouas.

En uno de estos valles, el valle de Almar, había un pequeño poblado de iouas y a sus espaldas se alzaban dos altas montañas donde vivían los gigantes.

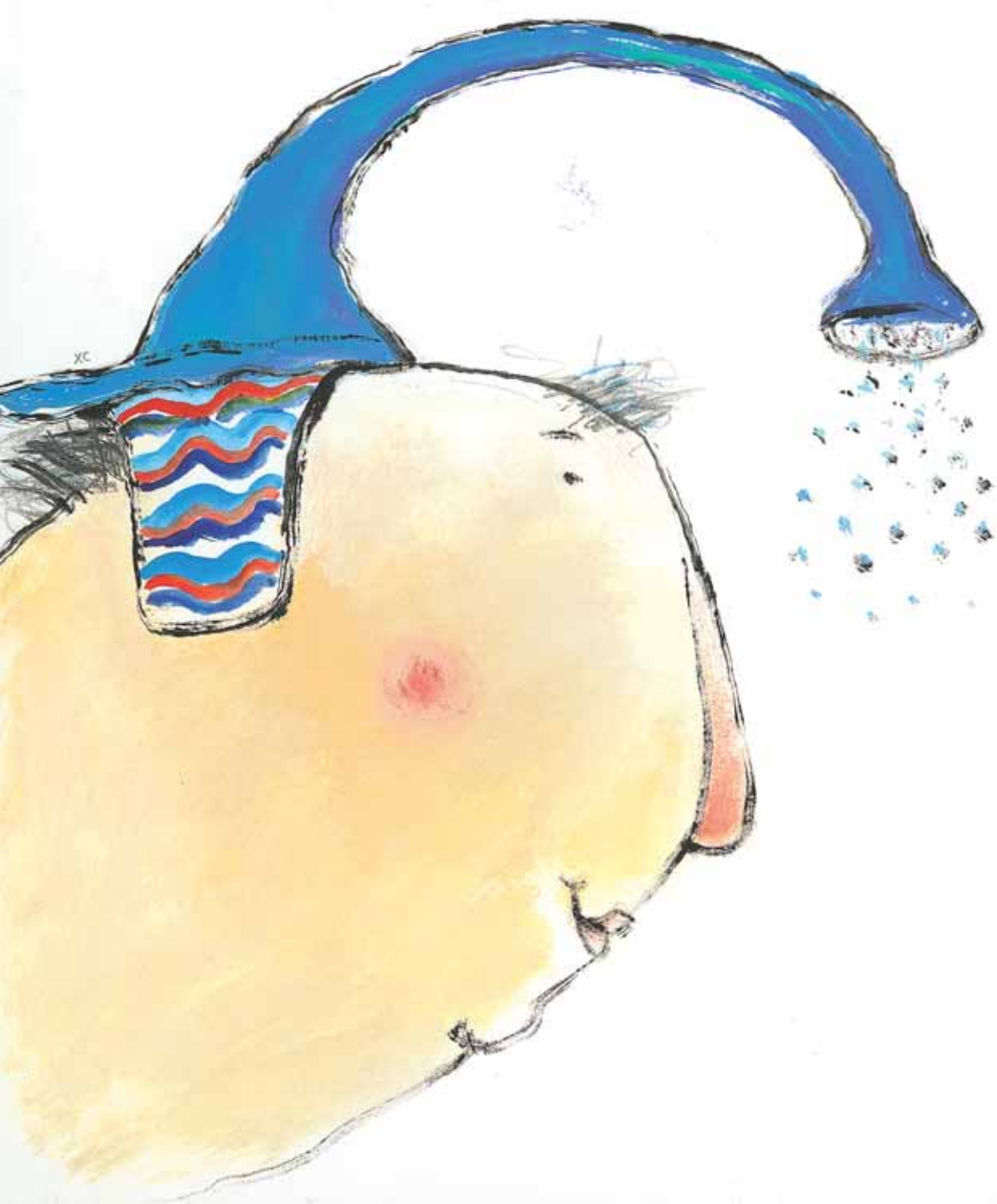
En la montaña Azul vivía el Señor del Rocío. Él se ocupaba de extender sobre el valle al amanecer finas nubes de rocío que perlaban las casas y los árboles. A los iouas les gustaba mucho verlo volar por encima de sus cabezas, y siempre le saludaban con la mano.

Al otro lado, en la montaña Gris, vivía otro gigante: el Señor del Trueno. Todos se escondían del Señor del Trueno, pues sólo salía de su castillo para llenar el valle de nubes grises y negras. Nubes de tormenta.

Los iouas eran felices porque nada turbaba su paz. Sabían por experiencia que después del verano venía el otoño. Y que, inevitablemente, cuando el Señor del Trueno tejía nubes negras sobre el valle, iba a llover. Sabían también que después de la tempestad venía la calma, y eran felices soñando y trabajando en su valle tan verde...

Los iouas habían aprendido además a plantar jardines y a contar bonitas historias. Vivían en confortables casas talladas en los troncos de los árboles y tenían todo lo que imaginarse pueda. Todo menos espejos.

En efecto, así era. Muchos años atrás los iouas le habían hecho la promesa al Señor del Trueno de que nunca tendrían espejos porque a él no le gustaban nada. Y no le gustaban porque él era un gigante rematadamente feo. Tenía el cuerpo grande y los brazos muy cortos. Su pelo era erizado y rojo como una luz de hoguera. Y en su cara llena de verrugas podía verse una nariz gorda como una patata. Sólo sus ojos pequeños y bondadosos brillaban en ese rostro tan, tan feo que bien podría darle un susto al miedo.





El Señor del Trueno vivía solo en su montaña y nunca hablaba con persona alguna. A mí no me quiere nadie -pensaba él mientras formaba con su aliento negras nubes de tormenta que luego guardaba en un armario hasta que llegaba el momento de usarlas-. Todos los moradores del valle me tienen miedo -decía-. Cuando paso colgando mis nubes de tormenta en el cielo para que llueva, los pequeños iouas se echan a correr y se meten en sus casas. No me extraña que no quieran ni verme -suspiraba el gigante-. Soy tan requetefeo que desearía poder quedarme en mi montaña y no salir nunca. Pero eso no es posible. Si yo no volase por ahí colgando en el cielo mis nubes de tormenta, no llovería nunca y los valles y las montañas acabarían por morir.

Pasó el tiempo y el Señor del Trueno continuaba sobrevolando el pueblo de los iouas año tras año. Invariablemente, al verle llegar, todos corrían a guarecerse y él se sentía muy triste y muy solo.

Espero que, al menos, los iouas cumplan su promesa de no utilizar nunca un espejo. Es un pacto que hemos hecho, y si lo rompen entonces sí me enfadaría muchísimo, muchísimo.

Mientras tanto, la vida en el valle era feliz. Los iouas trabajaban durante el día, recolectaban flores y frutas. Luego, como eran muy sabios dibujaban en las piedras la forma de las plantas para que sus hijos y los hijos de sus hijos supieran diferenciarlas. Por las noches, cuando el sol desaparecía por el horizonte, todos, grandes y pequeños, solían reunirse en torno al fuego. Entonces los iouas más viejos contaban a los otros antiguas historias. Hacían corro, los pequeños delante, los mayores detrás, y con ojos brillantes escuchaban interminables relatos. Así, de padres a hijos, los iouas iban transmitiéndose el saber y la ciencia.

Rapu era un niño ioua de ojos grandes e inteligentes. Le gustaba sentarse cerca de los ancianos para ver cómo la luz de la hoguera bailaba sobre sus cabellos blancos. Cierta noche de verano, uno de los iouas más viejos y más sabios, llamado Panzus, contó una extraña historia.





XC

Habéis de saber -dijo el sabio Panzus- una rara historia que mi padre me contó hace muchos años. Entonces yo era un niño y le pregunté adónde iban las estrellas cuando se hace de día. Es un secreto que casi nadie conoce -dijo mi padre-. Pero te lo voy a contar para que tú también lo cuentes cuando seas viejo. Y el viejo Panzus, acariciándose la barba, continuó: - Mi padre me contó que las estrellas, que alumbran el cielo durante la noche, suelen esconder su luz durante el día en sitios muy, muy oscuros. Cualquiera que sea valiente podrá descubrirlas. Existe no lejos de aquí, en la montaña Gris, un pozo muy profundo. Allí dentro, e incluso a plena luz del día, puede verse un puñado de estrellas dormidas.

Aquella noche Rapu no pudo dormir. Soñaba con levantarse por la mañana e ir a la montaña para ver las estrellas dormidas.

- Se lo diré a mis amigos, a Tasito, a Pinkie y a Roque. ¡Será una bonita aventura ir allá juntos!

Así lo hizo. Se lo dijo a Tasito, se lo dijo a Pinkie y se lo dijo a Roque, pero ninguno pudo acompañarle.

- Lo siento -dijo Tasito-. Estoy muy ocupado recolectando flores.

- No puedo -dijo Pinkie-. Hoy tengo que ayudar a mi madre porque es día de colada.

- Yo tampoco puedo -dijo Roque-. Mi hermanito puede nacer en cualquier momento. ¡Tengo que estar aquí!

Rapu se quedó un poco triste. Las cosas emocionantes siempre es mejor vivirlas con alguien; pero bueno, se dijo, no importa. Iré yo solo. Otro día iremos todos juntos a ver donde duermen las estrellas.

Caminando, caminando, llegó al pie de la montaña Gris. El día era claro del mes de diciembre y toda la montaña brillaba al sol. Tras unas rocas, Rapu pudo ver que había un pozo de piedra medio oculto entre los arbustos. Tuvo un poquitín de miedo, pero enseguida se le pasó. Se asomó a la boca del pozo, miró hacia abajo y lo que vio le llenó de asombro: allí abajo, bailando en las negras aguas, brillaban cuatro estrellas blancas.

Rapu se quedó un buen rato mirándolas y de pronto vio que junto a las estrellas brillaba otra forma blanca y redonda. Era la cara de un pequeño ioua de grandes ojos brillantes, su propia cara. Entonces sintió mucho miedo, se dio cuenta de que acababa de verse reflejado en un espejo, en el espejo del agua, y que la promesa que los iouas habían hecho al Señor del Trueno quedaba así rota.

Incluso antes de que Rapu lograra separarse del pozo, todo comenzó a cambiar. El sol, que antes brillaba sobre la montaña se ocultó y mirando hacia arriba pudo ver cinco grandes nubes de tormenta, que descendían de la montaña Gris para cubrir el valle. Sonó el trueno y cayeron los relámpagos: ¡El Señor del Trueno estaba furioso!

Rapu no sabía que hacer. La montaña Gris parecía fría y amenazadora, comenzaba a llover. Entonces miró hacia la otra montaña, la montaña Azul. Allí brillaba el sol y se le ocurrió una idea.

Yo sólo soy un niño ioua, se dijo. No puedo hacer nada contra alguien tan grande y furioso como el Señor del Trueno. En cambio, el Señor del Rocío es un gigante también. Si le explico lo que ha pasado, él me ayudará a convencer al Señor del Trueno. Sí, eso haré. Iré a pedir ayuda al Señor del Rocío.

Todo estaba oscuro. Parecía haber caído la noche en pleno día y una lluvia torrencial mojaba el valle. Envolviéndose en su poncho, Rapu fue andando y trepando hasta llegar a la mismísima puerta del Señor del Rocío.

TAN, TAN, TAN

- ¿Quién es? -dijo una voz-

- Soy un ioua -respondió Rapu- y tengo un problema.

La puerta se abrió y apareció la Señora del Rocío. La Señora del Rocío era la encargada de tejer las nubes rosas y blancas que luego su marido repartía por el valle. Siempre estaba muy ocupada.

- ¿Qué te pasa pequeño? -dijo sin dejar de hacer punto-

- Ha pasado algo terrible -dijo Rapu-. Usted sabe que nosotros, los iouas, teníamos un pacto con el Señor del Trueno, ¿verdad?

- Sí -dijo la Señora del Rocío-. El pacto de no tener espejos para mirarse.



SEÑOR DEL
ROCÍO



- ¡Ah!, Señora del Rocío -suspiró Rapu-. Yo he roto la promesa. He mirado dentro de un pozo donde duermen las estrellas y he visto mi cara reflejada allí abajo. Ahora el Señor del Trueno está furioso. Ha llenado el valle de nubarrones fríos y negros, y no para, no para de llover. ¡Y eso que es verano!

- Eso es muy grave -dijo la Señora del Rocío preocupada, y casi se le escapan todos los puntos-. Mi marido no está en casa. Justamente ha salido a repartir unas frescas nubes de rocío veraniego por otros valles. Pero mucho me temo que él tampoco podría ayudarte. Es el Señor del Trueno quien personalmente fabrica y cuelga sus nubes negras en los cielos. Deberías ir a verle a él y explicarle todo, aunque no sé si querrá recibirte. Él piensa que vosotros no le queréis porque es feo y que por esa razón os escondéis cuando él pasa sobre el valle colgando nubes.

- ¡Eso no es verdad! -dijo Rapu, que aunque era pequeño tenía mucho sentido común-. No nos escondemos porque él sea feo ni porque nos dé miedo, y comprendemos que la lluvia es necesaria, lo que ocurre es que no nos gusta mojarnos.

- Pues deberías explicarle eso a él -dijo la Señora del Rocío-. Si al menos lograras convencerle de que no es tan feo como cree... Si tuvieras un espejo donde mirarse a la cara... Pero hace siglos y siglos que los espejos desaparecieron de estos valles.

- ¡Señora del Rocío! -grito Rapu entonces-. Yo sé donde hay uno. En el pozo que hay al pie de la montaña, ahí podrá verse el Señor del Trueno la cara. ¡Qué buena idea! Ya me las arreglaré para llevarle hasta allí.

Pero la Señora del Rocío no estaba muy convencida.

- ¿Cómo vas a hacer para que el Señor del Trueno se mire en un espejo? -dijo-. Él los odia. Nunca lo consentirá.

- Pero es que yo tengo una idea -dijo el pequeño ioua-. Y le cuchicheó a la Señora del Rocío al oído lo siguiente: - No voy a pedirle que se mire la cara, sino que le invitaré a ver donde duermen las estrellas.

A la Señora del Rocío le pareció aquello muy bien. Rapu se fue camino de la montaña Gris, y ella se quedó tejiendo sus enormes nubes rosas. Si todo iba bien pronto empezaría el calor y harían falta muchas nubes de rocío para regar el valle.

Tras mucho trepar y jadear, llegó Rapu a casa del Señor del Trueno. Todo el castillo estaba envuelto en una bruma oscura, tanto que Rapu apenas veía la puerta a la que llamar.

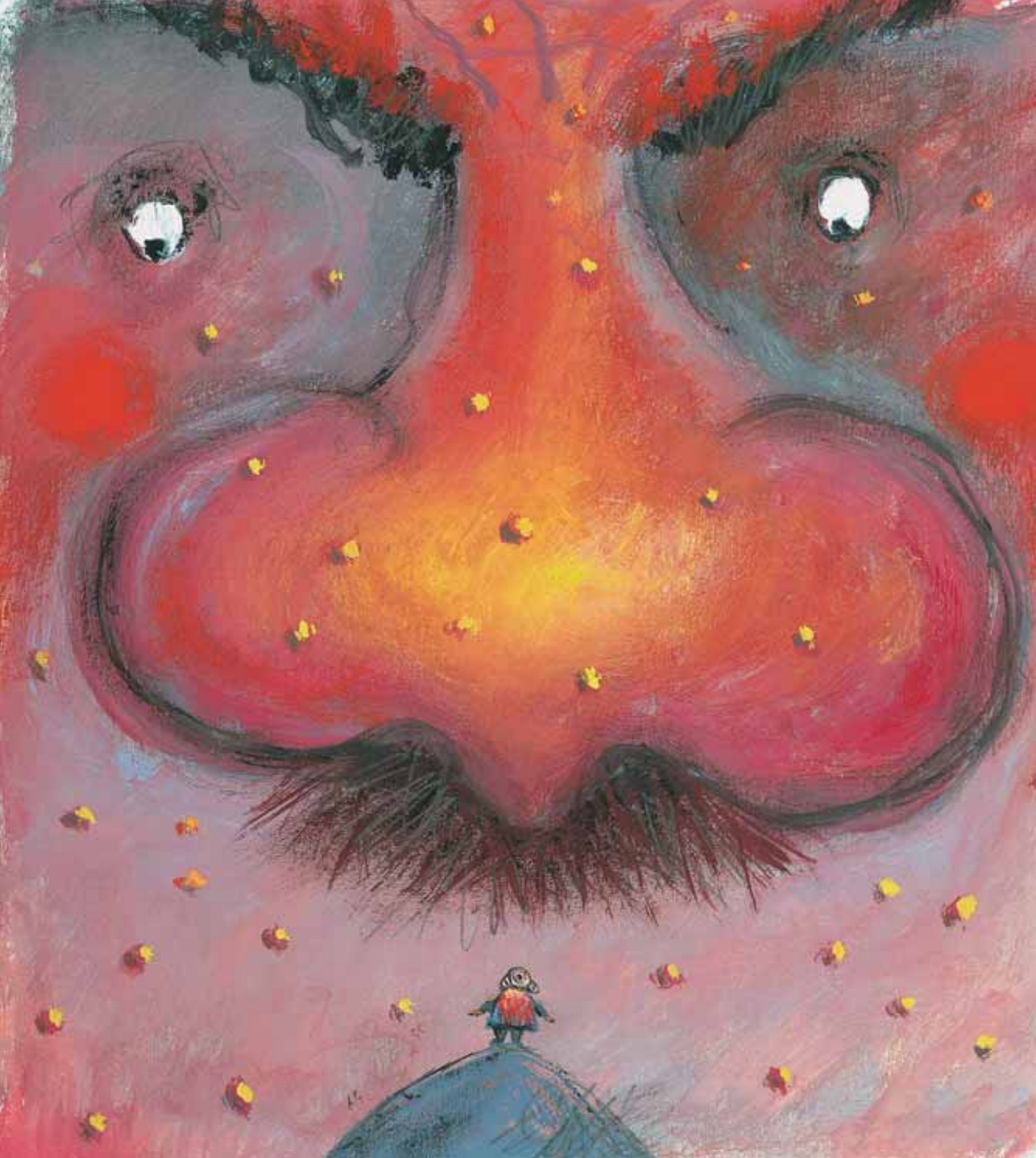
TAN, TAN, TAN

- ¿Quién es? -rugió el Señor del Trueno-. Y tan sorprendido estaba de tener visita que salió el mismo a abrir.

- Buenas tardes -dijo Rapu-. Vengo a pedirte una cosa.

El gigante miró para abajo y vio que era un ioua diminuto quien le hablaba. Entonces se enfureció y de sus dedos salieron hacia el cielo cinco relámpagos azules.

- Vienes a pedirme que pare la tormenta que azota el valle, ¿verdad? ¡Pues no lo haré! Alguien de tu pueblo ha roto la promesa.



- He sido yo -dijo Rapu-. Fue sin querer. No quería hacer nada que te molestara. En realidad yo estaba buscando el lugar donde duermen las estrellas.

- ¿Las estrellas duermen? -preguntó el gigante-. ¿Dónde duermen?

- Cuando es de día las estrellas esconden su luz en los lugares más oscuros -dijo Rapu-. En el pozo que hay al pie de la montaña Gris, por ejemplo, yo he visto cuatro estrellas dormidas. Te las enseñaré cualquier día de estos, si tú quieres.

- Cualquier día no -dijo el Señor del Trueno, impaciente-. Quiero verlas ahora mismo. ¡Ahora mismo! -repitió, porque aunque él era muy feo amaba la belleza y la luz de las estrellas-.

- Está bien, gigante -dijo Rapu- pero tendrás que levantar esas nubes negras. Está tan oscuro que no podríamos ver nada. Casi parece que es de noche.

El Señor del Trueno se dio mucha prisa. De un solo manotazo recogió unos cuantos nubarrones negros que había por ahí cerca y los guardó en una caja. Luego lanzó un grito y pararon los relámpagos, los truenos y muy pronto las pocas nubes que quedaron se fueron blanqueando hasta parecerse a aquellas que el señor del Rocío suele tejer sobre los valles cuando amanece. Entonces, el gigante cogió al pequeño ioua sobre la palma de su mano y en dos grandes zancadas -una, dos- ya estaban junto al pozo.

- ¿Es aquí? -preguntó el Señor del Trueno, y su voz temblaba de emoción-.

- Aquí es -dijo Rapu-. Mira dentro y verás en el fondo un puñado de estrellas.

El gigante acercó su enorme y fea cara a la boca del pozo. Apartó sus rojizos rizos y miró con atención hacia abajo.



Al principio no pudo ver nada, pero a medida que sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, empezaron a aparecer en el espejo del agua que había en el fondo el reflejo de cuatro estrellas blancas que bailaban allí abajo.

- ¡Ahí están! -gritó el gigante con su voz de trueno-. Puedo verlas. ¡Es verdad! Pero mira, Rapu -añadió luego, casi en un susurro-, junto a las estrellas puedo ver, además, a un pequeño ioua que se parece mucho a ti y también a un gigante bastante feo pero con ojos bondadosos.

- ¡Ése eres tú! -dijo Rapu-. Eso que ves en el fondo es el reflejo de tu propia cara. ¿Ves como era una tontería el no querer mirarte en un espejo? Tú no eres feo. A mí me parece que tienes una cara muy simpática.

- Entonces, ¿por qué os escondéis vosotros, los iouas, cuando paso por el valle colgando en el cielo mis nubes de tormenta? Yo siempre he creído que era porque no queráis verme la cara.

- Qué tonto eres -dijo Rapu-. Realmente eres un gigante tonto, tonto. No nos escondemos porque tú seas feo ni porque te tengamos miedo. Lo que ocurre es que sabemos que cuando tú vuelas por ahí significa que pronto comenzará a llover y ¡a ninguno nos gusta mojarnos!

- Ven -dijo entonces Rapu, e intentó coger su mano grande y peluda-. Acompáñame, vamos al valle. Quiero traer aquí a todos mis amigos, a Pinkie, a Tasito, a Roque, ¡a todos!, para que te conozcan y también para que puedan ver como nosotros dónde duermen las estrellas.



Esta historia es real y tu también, si estas Navidades miras en el fondo de un pozo durante el día, podrás ver dónde duermen las estrellas.



Acción contra el Hambre agradece la inestimable colaboración de la escritora Carmen Posadas y del ilustrador Xosé Cobas en la edición de este cuento que esperamos ponga una sonrisa en todos sus lectores y les acerque a la vida de muchos niños del mundo.